

CAMINAR

CON

DIOS

Pedro Pablo Fuentes

Caminar con Dios: Los profetas del Señor - 1a ed.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sembrar Ediciones Cristianas,
2020.

256 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47168-4-2

1. Estudios Bíblicos. 2. Antiguo Testamento. 3. Meditación. I. Título.
CDD 224

© 2020 Pedro Fuentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra sin la autorización previa de los editores.



Sembrar Ediciones

sembrarediciones.com.ar

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito legal que prevé la ley 11 723

Corrección literaria: Natalia Fuentes

Diseño de cubierta: Lucas Fuentes

Diseño de interior: Yoel Bellotta

Editado y publicado en tiempos de pandemia

Este libro lo terminé de escribir a mediados de 2019, unos meses antes de comenzar a oír sobre la pandemia del COVID-19. Esperábamos publicarlo en los primeros meses de 2020, pero por la cuarentena que estamos transitando, que ya lleva más de cuatro meses, no pudo ser.

Como dice el devocional “El secreto de la paz (DÍA 9)”:

En medio de la crisis internacional que se vivía y de las desilusiones que el pueblo tenía de su propia nación, Isaías eleva un cántico de esperanza:

Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento
en ti persevera; porque en ti ha confiado Isaías 26:3

El Señor no ha abandonado el barco. En medio de la tormenta, la intervención de Dios es tan extraordinaria que la mayor tragedia es cambiada en bendición.

Pedro Fuentes

INVITADOS POR DIOS

“El Señor dice: Vengan ahora, y pongamos las cosas en claro. Si sus pecados son como la grana, se pondrán blancos como la nieve. Si son rojos como el carmesí, se pondrán blancos como la lana.” Isaías 1:18

La palabra del profeta Isaías se hizo escuchar durante un período de casi cincuenta años, durante los reinados de los reyes Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías. El príncipe de los profetas, quien fuera una lumbrera en el siglo VIII a. C., habló al pueblo entre el final de una de las mejores épocas militares de Israel y la triste situación espiritual que atravesaba debido a los desvíos morales de sus reyes. La voz de Dios se levantó a través del gran profeta Isaías; su libro es el más extenso de la Biblia después del libro de Salmos. En él no solo leemos el mensaje de Dios para sus contemporáneos, sino que trasciende hasta nuestros días y tiene profecías que, a nuestro entender, aún deberán cumplirse. Recorreremos juntos este “Evangelio del Antiguo Testamento”.

Una fuerte denuncia

El mensaje del profeta comienza con una fuerte denuncia por el estado de rebeldía en el que se encontraba el pueblo: *“De la punta del pie hasta la cabeza no tienen nada sano. Todo son heridas, hinchazones y llagas abiertas, que nadie ha curado ni vendado ni limpiado con unguento” Isaías 1:6*. Las consecuencias que estaban sufriendo por este desvío eran una verdadera tragedia: *“Ante ustedes su tierra es asolada, e incendiadas sus ciudades. Su país es devorado por gente extraña, ¡asolado como si lo asolaran extraños!” Isaías 1:7*. El mensaje también incluye las demandas de Dios. Ellos quieren seguir guardando los días festivos que Dios había ordenado para su pueblo, quieren seguir haciendo sacrificios y presentando ofrendas, pero Dios las rechaza de plano porque

no viven conforme a su voluntad. Lo que Dios demandaba del pueblo eran conductas de verdadera fidelidad a él: *“Lávense! ¡Límpiese! ¡Aparten de mi vista sus malas acciones! ¡Dejen de hacer lo malo y aprendan a hacer lo bueno! ¡Busquen la justicia! ¡Reprendan a los opresores! ¡Hagan justicia a los huérfanos y defiendan los derechos de las viudas!”* Isaías 1:16-17. Ese es el reclamo de Dios para ellos.

Una gran invitación

El versículo que elegimos para nuestra meditación nos recuerda que Dios siempre espera a su pueblo y desea que ellos puedan reflexionar, arrepentirse y volver al camino.

“Vengan ahora”. Quiere decir que no deberían dejar pasar los días. El tiempo también avanza para nosotros, y debemos aprovechar la oportunidad que el Señor nos da para estar a cuentas con él antes de que sea demasiado tarde. ¡Dios llama y debemos ir!

“Si sus pecados fueren como la grana se pondrán blancos como la nieve”. Dios quería purificar a su pueblo y también quiere hacerlo con cada uno de nosotros. Nada nos hace vivir vidas más infelices que permanecer en el pecado. El Señor desea siempre nuestro bien, pero jamás nos obligará, por eso concluye el mensaje: *“Si ustedes quieren y me hacen caso, comerán de lo mejor de la tierra; pero si no quieren y son rebeldes, serán consumidos por la espada”* Isaías 1:19-20. Aceptar la invitación del Señor nos da perdón y bienestar interior.

PROMESA FIRME

“Decid al justo que le irá bien, pues gozará del fruto de sus acciones.”

Isaías 3:10

El profeta nos llena de ánimo y entusiasmo para vivir una vida piadosa, pero también nos advierte que no debemos esperar nada bueno si no andamos en justicia. El juicio del Señor contra el pueblo de Judá y contra la ciudad de Jerusalén era firme, Dios no se agradaba de la conducta de la mayoría de las personas que allí vivían. La forma en que lo expresa el profeta es lapidaria: *“Arruinada está Jerusalén, y Judá ha caído; porque la lengua de ellos y sus obras han sido contra Jehová para irritar los ojos de su majestad”* Isaías 3:8. Cuando parecía que todo estaba perdido y que el destino del pueblo estaba ligado al castigo de Dios para los perversos y sus dirigentes, se oyó una palabra venida del cielo que refrescó el corazón de los piadosos dándole sentido a su existencia. En medio de la tragedia nacional, apareció una luz de esperanza para quienes no estaban de acuerdo con la manera de vivir de esa mayoría. Dios dijo: *“Decid al justo que le irá bien, pues gozará del fruto de sus acciones”*.

Una declaración vigente

Esta declaración se renueva en nuestro corazón con el mismo valor del siglo VIII a. C., cuando leemos a San Pablo decir: *“No se engañen. Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará”* Gálatas 6:7. Vivir en justicia siempre traerá buenas consecuencias. Aun cuando parezca que nadie lo toma en cuenta, Dios sí lo tiene presente y finalmente premiará a quienes viven como justos. Nos preguntamos: ¿Quién es justo? En el contexto del capítulo uno de Isaías, podemos decir que justo es aquel que desea hacer bien las cosas, que procura honrar el

nombre de Dios. El justo es la persona que busca tener a Dios y sus principios en primer lugar, sin importar las consecuencias ni lo que aparentemente pueda perder. Jesús expresó esta misma idea cuando habló a sus discípulos en el Sermón del Monte y les dijo: *“Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas”* Mateo 6:33.

Una promesa de bendición

Dios se compromete a hacernos disfrutar de su bendición cuando andamos por caminos de rectitud, así lo expresa el profeta: *“Decid al justo que le irá bien y que gozará del fruto de sus acciones”*. Vivimos en una sociedad en la que pareciera que el poeta porteño tenía razón cuando escribió el famoso tango *Cambalache*: “Hoy resulta que es lo mismo / ser derecho que traidor / Ignorante sabio o chorro / generoso o estafador / Todo es igual / nada es mejor”. Para Dios no da todo igual, él sí hace la diferencia y bendice de manera especial a aquellos que están dispuestos a seguir sus caminos y a hacer su voluntad. Así se lo aclaró a Josué cuando le dio instrucciones acerca de cómo debía conducirse en el liderazgo. Dios le dijo: *“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien”* Josué 1:8. El Señor desea nuestra prosperidad y que disfrutemos de la vida y de sus bendiciones, pero para que así sea debemos seguir sus indicaciones y estar dispuestos a obedecerlas. En la historia sagrada hay muchos ejemplos de hombres y mujeres a los que les fue bien porque siguieron los principios del Señor, algunos de ellos fueron José, Daniel, Ester y Rut; sus vidas llenan nuestro corazón de desafío y gratitud por su magnífico ejemplo.

LAS EXPECTATIVAS DE DIOS

“La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres.” Isaías 5:2

Nuestro título parece una contradicción, porque Dios conoce el pasado, el presente y el futuro de igual manera, por esto, no es posible pensar que él tenga expectativas ni desilusiones. El relato de esta parábola nos muestra a un Dios que se comunica en nuestro lenguaje de modo que podamos entender mejor su voluntad. Te sugiero que leas toda la parábola en Isaías 5:1-7. Allí se nos cuenta de forma poética cómo un hombre, a quien se lo llama “el amado” y representa a Dios, trabajó en favor de su pueblo y cómo lo decepcionan no dándole el fruto esperado. Reflexionemos sobre lo que “el amado” había hecho en favor de su viña.

Ladera fértil: La elección fue buena, porque la ladera tenía una tierra muy fértil y productiva. Como solemos decir cuando vemos una tierra propicia: “Lo que se siembre, brota”. El problema no estaba en la tierra, sino en la planta. El Señor nos ha puesto en su Iglesia, que es una tierra fértil, para dar los mejores frutos.

La había cercado: En esos lugares, cercar el terreno era imprescindible ya que los animales salvajes arruinaban cualquier sembrado, especialmente los primeros brotes y luego los frutos. El Señor nos brinda toda la protección de modo que podemos estar seguros en él.

La había despedregado: Las piedras interfieren en el crecimiento de cualquier planta, en este caso todas las piedras habían sido quitadas con mucha diligencia. Esto es lo que el Señor hace con nosotros, quita las cosas viejas y nos da una nueva vida.

Plantó vides escogidas: La planta era de buena semilla, así que tenía todas las condiciones para dar buenos frutos. En el Nuevo Testamento, la semilla es la Palabra sembrada en nosotros, por lo que la planta que produce es muy buena.

Edificó una torre: Dio posibilidades de una mayor protección al sembrado. Nosotros tenemos también la protección de la presencia del Señor en nuestras vidas, nadie nos podrá hacer daño.

Construyó un lagar: Es el lugar en el que se colocan los frutos. En este caso, nunca pudo utilizarse porque no hubo fruto.

Tenía muchas expectativas: El poema dice: “*Esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres*”, es decir, un fruto agrio y desagradable. La gran desilusión del amado sobre su viña le hizo tomar decisiones de juicio y castigo. Al finalizar el relato, el profeta habla en nombre de Dios y dice que la sentencia del Señor para su pueblo es tan fuerte como la del amado con su viña.

Esta parábola debe hacernos reflexionar seriamente sobre qué está produciendo nuestra vida para la gloria de Dios. Si estamos dando uvas silvestres y agrias, no seremos aprobados ni de bendición para quienes nos rodean. Recordemos que el dueño de la viña tuvo todo el derecho de destruir su viña por la falta de fruto, de la misma manera el Señor podría hacerlo con nosotros. El Señor Jesús está deseoso de que seamos vides que lleven abundante fruto y que sea el mejor, así lo expresó en el relato del evangelio: “*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto*” Juan 15:1-2.

VER AL SEÑOR

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.”

Isaías 6:1

El rey Uzías fue uno de los reyes más brillantes —como político y estadista— que tuvo el reino de Judá. Su historia está narrada en 2ª Crónicas 26. Se mantuvo como rey por más de cincuenta años y llegó a ser recordado como un gran monarca que terminó sus días leproso y sacado del trono. Esta historia nos recuerda cuán poco puede durar el prestigio y el éxito de un hombre. Posiblemente tuviera alguna relación de parentesco con el profeta Isaías, quien lo admiraba.

Un trono vacío

Cuando el anciano y enfermo rey Uzías murió, el pueblo estaba viviendo una de las grandes crisis políticas y morales que relatan las crónicas de Judá. El tiempo de Uzías había llegado a su fin y el trono quedaba vacío; el caos y la incertidumbre llenarían las páginas de los periódicos de la época. El profeta Isaías entraba en una profunda tristeza y desazón por la muerte de su líder. Fue en ese momento cuando Dios se manifestó de manera visible al profeta en una visión que marcaría el resto de su vida y ministerio. Isaías dice: *“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor”*.

Un trono ocupado

El trono de Dios nunca queda vacío, él lo ocupa desde la eternidad. Cuando todos los tronos declinan, el trono de Dios sigue firme: no tiene condicionamientos, no llega a su fin y no hay quien lo reemplace. Así lo expresaba el salmista: *“Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de equidad es el cetro de tu reino”* Salmos 45:6.

Un trono alto

Los tronos aquí abajo son pequeños y temporales, mientras que el trono del Señor es alto; así es como lo vio el profeta. Seguramente estaba elevado e Isaías lo vio más alto que el resto de los tronos que él conocía. Pero la grandeza del trono del Señor no es una cuestión únicamente de medida física. El trono representa la esencia misma de Dios; unos capítulos más adelante, Dios le dijo al profeta: *“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”* Isaías 55:9. Dios está por encima de todo y de todos y no hay nadie que pueda superarlo. ¡Así es Dios!

Un trono sublime

La diferencia entre el trono de los mortales y el trono del Señor es que es sublime, lo que significa que es excelso, eminente y de elevación extraordinaria. Cuando los reinos de abajo son sostenidos para beneficio de algunos pocos, el reino de Dios es para todos. Mientras que el reino de los hombres es conquistado, arrebatado, robado o conseguido con engaños, el reino de Dios es impuesto por derecho absoluto: *“De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo, y los que en él habitan. Porque él la fundó sobre los mares, y la afirmó sobre los ríos”* Salmos 24:1-2.

El profeta Isaías quedó impactado y conmovido por esta visión y su vida fue transformada viendo al Señor sentado en el trono. Allí pudo contemplar su santidad y su gloria; esto es todo lo que necesitaba para vivir la vida como profeta del Señor. Nuestra vida será distinta como la del profeta si, al igual que él, podemos acercarnos hasta su trono y mirar al Señor de señores y Rey de reyes teniendo todo el control del mundo y de nuestras vidas.

¡AY DE MÍ!

“Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” Isaías 6:5

En el capítulo cinco de su libro, el profeta Isaías presenta seis ayes sobre el pueblo y sus dirigentes. La palabra “ay” dicha por el Señor tiene un sentido de dolor y preocupación, como la define don Carlos Morris: “Es la pena y dolor que el Señor sentía respecto a la conducta y comportamiento de su pueblo. O sea que Jehová no solo denuncia su pecado, sino que lo lamentaba”. La perspectiva que nos presenta el profeta Isaías es la de alguien que mira la manera de actuar del pueblo y, al evaluar su conducta, dice: “Ay de ellos”. Comienza luego el capítulo seis del libro con el relato de una visión que tuvo sobre Dios. Entonces cambia la evaluación y dice: ¡Ay de mí!

Mirando a los demás

El profeta se detiene y observa el estilo de vida y la conducta del pueblo y comienza a proferir seis lamentaciones. Con justa razón le oímos decir “¡ay de ellos!”. Al mirar la descripción de la conducta patética y perversa de esta gente, nos genera gran tristeza y lamentación.

- *“¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo!” Isaías 5:8*
- *“¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez!” Isaías 5:11*
- *“¡Ay de los que traen la iniquidad con cuerdas de vanidad!” Isaías 5:18*
- *“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!” Isaías 5:20*

- *“Ay de los sabios en sus propios ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos!” Isaías 5:21*
- *“¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebida!” Isaías 5:22*

Luego de repasar esta lista, sentimos un rechazo lógico y hasta justo contra esta clase de personas que viven para deshonorar a Dios. Creo que hasta nos sentimos mejores que ellos, pero la palabra del profeta no termina aquí.

Mirándose a sí mismo

El capítulo seis comienza con la visión que tiene Isaías del Señor y es recién allí que dice: “Ay de mí”. Mientras miraba a los demás, podía lamentar el pecado ajeno y emitir juicio sobre las personas que los cometían. Cuando vio de cerca el rostro de Dios, pudo verse a sí mismo, pudo compararse con la santidad de Dios. Una de las razones por las que no avanzamos en nuestra vida cristiana suele ser porque nos pasamos mirando, comentando y evaluando la conducta de los demás y no nos detenemos a mirarnos a nosotros mismos. El Señor Jesús advirtió sobre este asunto cuando dijo: *“¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?” Mateo 7:3*. Cuando miramos a los demás, encontramos muchos defectos y grandes pecados en sus vidas, esto nos entretiene y nos impide dedicar el tiempo necesario a la reflexión y a hacer un autoanálisis. El apóstol Pablo le dijo a su discípulo Timoteo: *“Ten cuidado de ti mismo y de lo que enseñas a otros, y sigue firme en todo. Si lo haces así, te salvarás a ti mismo y salvarás también a los que te escuchan” 1ª Timoteo 4:16*. Necesitamos mirar más a Jesucristo y compararnos con su santidad para darnos cuenta de cuán débiles somos y de cuánto necesitamos de su misericordia para ser perdonados y restaurados.

OÍR AL SEÑOR

*“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?
Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.”*

Isaías 6:8

El capítulo seis de Isaías nos muestra el proceso que debe vivir un siervo de Dios para alistarse en la obra del Señor. Primero, debe tener una visión de Dios; en segundo lugar, se da cuenta de su condición frente a su santidad y luego escucha el llamado al servicio. Así fue con el profeta y es el camino que debemos seguir nosotros. Cuando el profeta tomó conciencia de su condición de hombre pecador, el Señor quitó su pecado: *“Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”* Isaías 6:6-7.

La voz del Señor

Dios siempre quiso comunicarse con sus siervos, por eso debemos estar dispuestos a escuchar lo que tiene para decirnos. Si deseamos ser guiados y conducidos por caminos seguros en nuestra vida y ministerio, necesitamos oír a Dios cada día. El futuro profeta de Israel estuvo atento para escuchar a Dios: *“Y vino Jehová y se paró, y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: Habla, porque tu siervo oye”* 1ª Samuel 3:10. Es interesante observar que el mensaje del Señor al profeta fue una pregunta hecha en plural: *“¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?”*. El interés por enviar a Isaías como profeta del cielo para el pueblo del Señor estaba en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo.

El llamado del Señor

El mensaje para Isaías era un llamado a ser su profeta, era el desafío a una misión muy especial. Dios siempre nos dará, al igual que a Samuel o a Isaías, un llamado único y personal, porque lo que quiere encomendar a cada uno de sus siervos es una tarea preparada acorde a las capacidades recibidas, que encaja con el carácter y la formación recibida. Dios siempre hace las cosas bien y por eso nos dio una vocación y una asignación a cada uno diferente a la de los otros. Esto es lo que el apóstol Pedro llama “la multiforme gracia de Dios” o las muchas maneras en que Dios utiliza su gracia en cada uno en particular: *“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” 1ª Pedro 4:10.*

La obediencia al Señor

La respuesta a la pregunta no se dejó esperar. Isaías —ya purificado por el carbón encendido que había tocado sus labios— le dijo sí al Señor: *“Envíame a mí”*. El profeta no dilató su respuesta, no se tomó un tiempo para pensarlo, sino que estuvo dispuesto y pronto a responder positivamente. Solo quienes aceptan el desafío y se ponen de pie ante el llamado del Señor recibirán aprobación en la eternidad, mientras que los indecisos, los cobardes y los de doble ánimo quedarán a mitad de camino. El premio está reservado para los que le dicen sí a Dios, para los que renuncian a sus intereses y se disponen a hacer la voluntad del Señor. Cuando tenía unos doce años, el pastor Benito Bongarrá estaba dando una clase bíblica y nos leyó este pasaje de Isaías. Al finalizar la lección, nos desafió a dedicar nuestras vidas a servir al Señor. Pidió que hiciéramos una oración respondiendo como Isaías a ese llamado. Fue el primer desafío que recibí a dedicar mi vida al Señor y la mejor decisión que pude haber tomado.

SOLA ESCRITURA

“¿A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”

Isaías 8:20

Los reformadores del siglo XVI dieron su vida defendiendo la consigna “Sola Escritura”. El pueblo de Dios se alejó de la Escritura y vivía un tiempo de mucha confusión y oscuridad espiritual. Ante las crisis, las personas suelen recurrir a cualquier medio para encontrar la salida. Lo triste de esa época era que algunos consultaban a los adivinos buscando respuestas a sus problemas. Dios rechaza este tipo de búsqueda, recordemos que ya había dejado instrucciones claras en la ley de Moisés sobre esta desviación: *“No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación... ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas” Deuteronomio 18:10-12.* Muchos no obedecían este mandamiento y se descarriaron tras los falsos profetas y consejeros engañosos, por esta razón, Dios habló. Para poner en orden esta situación, el profeta hizo la siguiente declaración: *“¿A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”.* Al referirse a este texto, el comentarista bíblico MacDonald dice: “Todo maestro ha de ser probado por la palabra de Dios. Si su enseñanza no concuerda con las Escrituras: ‘es porque no les ha amanecido’. Todos los que de esta manera son mal encaminados vagarán, fatigados y hambrientos, maldiciendo a su Dios y a su rey por su situación. Mirarán al cielo y a la tierra para encontrar alivio, pero no hallarán más que tinieblas y angustia”. Así es como le estaba yendo al pueblo de Judá, porque la desobediencia a la Palabra siempre trae malas consecuencias a la vida, a la familia y a la sociedad. Para comprobar si lo que

se está enseñando es verdad, las Escrituras advierten que deben cumplirse dos condiciones: que lo que se diga esté de acuerdo a la ley y de acuerdo al testimonio dado por Dios. La misma Biblia nos presenta algunas figuras que representan la Palabra de Dios.

Lámpara

En la antigüedad se utilizaba mucho la lámpara, porque al llegar la noche todo quedaba a oscuras, no había luz eléctrica y esto generaba grandes inconvenientes. El salmista tomó esta figura y la aplicó a la Palabra de Dios: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino” Salmos 119:105*. Si deseamos estar en luz y vivir en la claridad del día, necesitamos que la Palabra nos ilumine constantemente. Nosotros, al igual que el pueblo de Judá, vivimos un tiempo de gran oscuridad y, a menos que nos dejemos iluminar por la verdad de Dios, corremos el riesgo de perdernos en el camino o de caer en el primer pozo que aparezca.

Martillo

Los corazones más duros y las mentes más cerradas pueden ser quebrantados por el poder de la palabra de Dios. Nuestros argumentos podrán ser buenos, pero solo el Espíritu Santo utilizando la Palabra de Dios puede obrar en el corazón de las personas.

Espada

La única arma personal con la que contaba un soldado era su espada, que en la Biblia es figura de la Palabra: *“Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón” Hebreos 4:12*. Si somos siervos de Dios y deseamos cumplir bien nuestro ministerio, debemos ser fieles a la Palabra del Señor, porque a nosotros sí nos ha amanecido.

DIOS AYUDA AL DÉBIL

“Porque fuiste fortaleza al pobre, fortaleza al menesteroso en su aflicción, refugio contra el turbión, sombra contra el calor; porque el ímpetu de los violentos es como turbión contra el muro.” Isaías 25:4

El profeta Isaías, en los capítulos anteriores, dio una serie de profecías y juicios para las naciones que rodeaban a Israel. Al llegar al capítulo veinticinco, nos encontramos con una canción de alabanza y gratitud por las maravillas que el Señor ha hecho con su pueblo. Isaías comienza diciendo: *“Señor, tú eres mi Dios; te exaltaré y alabaré tu nombre porque has hecho maravillas. Desde tiempos antiguos tus planes son fieles y seguros”* Isaías 25:1. Luego, hace una enumeración del obrar de Dios con el pueblo y de lo que representaba para ellos.

Fortaleza al pobre

El pobre es la persona que no tiene lo necesario para vivir o que lo tiene con escasez. El Señor siempre tuvo un cuidado especial por los pobres. Lo vemos en el Antiguo Testamento ocupándose vez tras vez, a través de sus leyes, de cubrir las necesidades de los que menos tienen. La ley de Moisés ordenaba a los israelitas: *“Porque nunca faltarán pobres en tu tierra; por eso te ordeno, diciendo: Con liberalidad abrirás tu mano a tu hermano, al necesitado y al pobre en tu tierra”* Deuteronomio 15:11. En uno de los libros de Salomón, tenemos la siguiente declaración: *“El que se apiada del pobre presta al Señor, y Él lo recompensará por su buena obra”* Proverbios 19:17.

Fortaleza al menesteroso

El menesteroso es uno que tiene abundante necesidad, a tal punto que se lo puede identificar con un mendigo. Dios se ocupó también de ellos. En el Nuevo Testamento aparecen varios casos en los

que los mendigos fueron asistidos por Jesús. El Maestro contó la parábola del rico y Lázaro para ilustrar cómo un mendigo es bien recibido en el seno de Abraham por la misericordia de Dios. El hombre es visto por Dios como un mendigo que necesita ser asistido, ayudado y restaurado a la condición de dignidad. Dios es “fortaleza al menesteroso”, debemos reconocerlo, como lo hizo Isaías, y decirle: *“alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas”*.

Refugio contra el turbión

El turbión es un aguacero con viento fuerte que viene de forma repentina y se lleva tras de sí lo que encuentra. En muchas ocasiones las circunstancias suelen presentarse como un verdadero turbión, porque vienen todas juntas y nos violentan y lastiman. Pero Dios, dice Isaías, es un refugio cuando aparece el turbión. Qué bien nos hace tener presente esta verdad.

Sombra contra el calor

Esta es otra forma de cómo actúa Dios en favor de su pueblo. Es una manera silenciosa pero de gran efectividad para traer quietud, descanso y frescos al corazón del cansado peregrino. Quienes hemos vivido en zonas de mucho calor como la provincia de Santiago del Estero, en Argentina, aprendimos a valorar grandemente la sombra de los árboles. El profeta nos recuerda que Dios es, para su pueblo, lo que el salmista declaraba con tanta seguridad: *“El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente” Salmos 91:1.*

EL SECRETO DE LA PAZ

*“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera;
porque en ti ha confiado.”*

Isaías 26:3

En medio de la crisis internacional que se vivía y de las desilusiones que el pueblo tenía de su propia nación, Isaías eleva un cántico de esperanza. Esta declaración tan esperanzadora que el profeta proclama tiene destinatarios específicos: es solo para “aquellos” (así los identifica el profeta) a quienes les impone dos condiciones que deben cumplir si realmente desean vivir en paz. Antes de reflexionar sobre las condiciones, veamos quién es el que ofrece este tiempo de solaz y de quietud en medio de la gran tempestad política, social y moral que el pueblo atravesaba.

El Dios que guarda

El deseo casi natural que brota de la gente cuando enfrenta este tipo de problemas sociales es encontrar un “salvador”, alguien que resuelva los problemas e imponga orden. Las personas están convencidas de que esto es lo único que traerá paz a la sociedad. Así es como sucede en estos días en nuestros países. Pero los cristianos tenemos que volver “a la ley y al testimonio” para ver qué nos dicen las Escrituras sobre este tema. El profeta declara con absoluta firmeza “*Tú guardarás*”, es Dios mismo quien se encargará de actuar. El Señor no ha abandonado el barco, la tempestad puede ser muy fuerte y puede parecernos, como a los discípulos, que él está dormido, pero no es así. El salmista decía: “*No se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel*” *Salmos 121:4*. Podemos estar tranquilos y confiados, el Señor nos guardará de la peor de las crisis, sin importar qué tan grandes sean, él es más poderoso y nunca pierde el control ni se lo entrega a los humanos.

Los que piensan en Dios

La primera condición que el profeta menciona para disfrutar de esa paz que se promete es pensar en Dios. Esto es mucho más que acordarse esporádicamente de su existencia, es tenerlo siempre presente. La frase *“cuyo pensamiento en ti persevera”* se traduce también como “a todos los que concentran en ti sus pensamientos” o “quienes siempre piensan en ti”. La idea es que una persona va a vivir y a disfrutar de una paz verdadera cuando ocupe su mente en pensar en Dios: en su persona y atributos, en su obra y en sus promesas. Lo que pensamos es lo que dirige nuestra vida, así lo expresa el proverbio: *“porque como es su pensamiento en su mente, tal es él”* Proverbios 23:7.

Los que confían en Dios

Para que pensar en Dios no sea solo un acto intelectual, el profeta agrega esta otra condición: *“y pone en ti su confianza”*. Confiar es mucho más que creer en Dios: es depender de él, es aceptar que él dirija nuestro destino y es estar dispuestos a seguir sus indicaciones. Muchas personas nunca disfrutarán de verdadera paz porque tienen puesta su dependencia en las personas. La Biblia dice: *“Maldito el hombre que confía en el hombre”* Jeremías 17:5. Cuando dependemos de Dios, la vida adquiere otra dimensión porque comenzamos a transitar por caminos seguros. El salmista dijo: *“Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre”* Salmos 125:1. La promesa de la Palabra siempre se cumplirá, porque Dios siempre cumple su parte: *“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”*.

LA PEDAGOGÍA DE DIOS

“Por eso el Señor nuevamente les explicará su mensaje en detalle: línea por línea, renglón por renglón, un poco aquí y un poco allá; para que tropiecen y caigan. Ellos serán heridos, caerán en la trampa y serán capturados.” Isaías 28:13

En el capítulo veintiocho de Isaías hay una declaración fuerte sobre la actitud soberbia y perversa del pueblo de Efraín, especialmente contra sus dirigentes. Ellos creían que no necesitaban de Dios y que todo lo sabían. El Señor insistió en hablarles para que puedan encaminar sus vidas, pero tristemente no quisieron escuchar. Es muy significativo el método pedagógico que Dios utilizó como forma de enseñarles las verdades eternas.

Repetición - “Nuevamente les explicará su mensaje en detalle”

Dios no tiene inconveniente en repetir su mensaje y sus indicaciones una y mil veces. Esta forma de instrucción la vemos en el libro de Deuteronomio, donde podemos leer una serie de repeticiones de las instrucciones dadas en los libros anteriores durante el éxodo. Qué bueno es saber que el Señor no se cansa de enseñarnos, como un buen maestro nos va a decir lo mismo, vez tras vez, hasta que lo aprendamos.

Progresión - “Línea por línea, renglón por renglón”

Todo aprendizaje es un proceso que lleva tiempo, que necesita maduración y asimilación, de modo que una verdad relacionada y sostenida por la anterior. Así funciona el proceso de aprendizaje de la Palabra de Dios. Muchas veces queremos aprender todo de golpe y esto no es posible, tampoco debemos esperar que nuestros hijos, alumnos o hermanos de la congregación aprendan todo en forma instantánea. Dios maneja muy bien este concepto, por eso nos dice que enseñará al pueblo: *“línea por línea, renglón por renglón”*.

Vivencia - “Un poco aquí y un poco allá”

El aprendizaje que perdura en el tiempo es el que se aprendió a través de la experiencia y no solo con la teoría. En la vida cristiana, Dios nos permite atravesar experiencias de todos los colores y, en muchas ocasiones, nos parece que algunas de ellas son solo para nuestra destrucción. Cuando pasa el tiempo y miramos para atrás, podemos ver la mano del Señor que estuvo actuando para enseñarnos verdades que de otra forma no hubiéramos aprendido. El equipaje de aprendizaje que cargamos lo fuimos acumulando con el correr de los años, con las diferentes experiencias que tuvimos en el camino, como dice nuestro texto: *“Un poco aquí y un poco allá”*. Cada lugar en el que estuvimos, cada hecho que vivimos y cada persona con la que nos relacionamos contribuyeron para nuestro aprendizaje. El apóstol Pablo resumió este concepto en las conocidas palabras a los romanos: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” Romanos 8:28*. Dios tiene un arte especial para transformar las experiencias más dolorosas y amargas en resultados agradables y dulces.

Lo más triste de nuestro texto es que todo este proceso de enseñanza-aprendizaje no daría resultado en el pueblo de Israel, Dios ya sabía que ellos le iban a desobedecer porque su corazón no tenía ningún interés en obedecerle. Debemos orar para que aprendamos bien todo lo que Dios quiere enseñarnos y vivamos cada día en obediencia a su Palabra.

LA HONRA QUE DIOS ESPERA

“Así que el Señor dice: Este pueblo dice que me pertenece; me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí. Y la adoración que me dirige no es más que reglas humanas, aprendidas de memoria.” Isaías 29:13

Costumbres buenas

El legalismo es una forma exterior de cumplir con Dios sin tener un corazón íntegro para él. En la Biblia se relatan muchas historias de personas que aparentaban hacer todo bien e incluso recibían la aprobación y el aplauso de quienes los rodeaban, pero Dios dijo que no estaba de acuerdo con esto. En el Nuevo Testamento hay un relato de un hombre que cumplía todo lo que la ley de Moisés decía y también cumplía con las costumbres y tradiciones de los ancianos. El hombre del que nos habló Jesús era un fariseo, conocedor de la Biblia hebrea y maestro de teología. El fariseo se presentó en la sinagoga y comenzó a orar de esta manera: *“Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás, que son ladrones, injustos y adúlteros. ¡Ni siquiera soy como este cobrador de impuestos! Ayuno dos veces a la semana, y doy la décima parte de todo lo que gano” Lucas 18:11-12.* ¡Todas eran buenas costumbres!

Palabras buenas

En la oración de este hombre se nota que hacía muchas cosas buenas. Cuando uno las escucha, siente admiración por alguien que puede decir tanto de sí mismo. Lo más probable es que todo lo que decía que hacía fuera verdad, por lo tanto, sus palabras eran buenas. La gente que lo escuchaba lo aplaudía aprobando su conducta. El problema de este fariseo es que la oración no estaba dirigida a Dios. El relato dice: *“Puesto de pie, el fariseo oraba consigo mismo de esta manera” Lucas 18:11.* Lo que este hombre intentaba era oírse él mismo y que los demás también lo oyeran. Pensaba

que con sus palabras conformaría a Dios, y no es así. Jesús explicó cómo funcionan las palabras que dirigimos al trono de Dios: *“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa... Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”* Mateo 6:5 y 7.

Corazón vacío

A Israel le sucedía lo mismo: hablaban mucho de Dios, pero en realidad no le daban el lugar que le correspondía. Los discursos pueden sonar muy hermosos, pero Dios mira el corazón y esto es lo que no estaba funcionando en el pueblo de Israel. El Señor les dijo: *“su corazón está lejos de mí”*. El corazón representa el centro de la vida, es el lugar de nuestras decisiones, de nuestros intereses más íntimos, donde se definen las prioridades. Es allí donde el Señor quiere estar presente, dirigiendo ese centro de control.

Al concluir el texto leemos el reclamo de Dios a su pueblo: *“La adoración que me dirige no es más que reglas humanas, aprendidas de memoria”*. Esto es un gran peligro al que estamos siempre expuestos: decir con nuestros labios un buen discurso pretendiendo agradar a Dios, pero mantener un corazón cerrado para darle el primer lugar al Señor. No perdamos el privilegio de ser adoradores: *“Así que ofrezcamos continuamente a Dios, por medio de Jesucristo, un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre”* Hebreos 13:15.

LA GRAN DIFERENCIA

“Vosotros tendréis cántico como de noche en que se celebra pascua, y alegría de corazón, como el que va con flauta para venir al monte de Jehová, al Fuerte de Israel.” Isaías 30:29

El profeta habló con mucha severidad para el pueblo de Asiria y les declaró el juicio de Dios sobre ellos. Los asirios estarían en grande dolor y desesperación por su corazón rebelde. A diferencia de lo que viviría este pueblo idólatra, Dios tenía reservado para su pueblo un tiempo de solaz y de canciones de victoria y alegría. El profeta y poeta Isaías lo expresa de una forma magistral.

Canciones de celebración - “Tendréis cántico como de noche en que se celebra pascua”

Cuando el pueblo celebraba la pascua, estaba recordando su liberación de la esclavitud de Egipto y celebrando el gran poder de Dios al darles la libertad. La pascua fue la primera fiesta instituida por el Señor para su pueblo y debía celebrarse con alegría y llena de canciones. El pueblo de Israel disfrutaría de una permanente celebración en tiempos de Isaías si escuchaban la voz del Señor y la obedecían. Nosotros, al igual que ellos, tenemos también la posibilidad de celebrar con *“cántico como de noche en que se celebra pascua”*, porque nuestros pecados fueron perdonados, nuestros nombres fueron escritos en el libro de la vida y hemos sido tocados por el Espíritu Santo para vivir una nueva vida. Todo esto nos hace ser personas que tienen motivos para celebrar con nuevas canciones. Debíamos evitar que las canciones se transformen en una rutina en nuestros cultos o que sea solo una forma de rellenar un programa. Las canciones que debíamos utilizar para decirle al Señor lo mucho que lo admiramos expresándole nuestra alabanza y adoración suelen transformarse en un buen

espectáculo que solo nos conforma a nosotros. Pensando en lo que el profeta le dice al pueblo, decidamos disfrutar de Dios y de su gran poder y hermosura, haciendo lo que decía el salmista: *“Cantaré a Jehová porque me ha hecho bien” Salmos 13:6.*

Corazón alegre - “Alegría de corazón”

La aclaración que hace el profeta es muy importante porque demasiadas veces se confunde la experiencia de pasar un lindo momento con tener alegría en el corazón. La alegría de la que nos habla el profeta no es el resultado de lo que nos está pasando, sino de saber quién controla lo que nos está pasando. En muchas ocasiones nos vamos a encontrar atravesando situaciones dolorosas y de mucha tensión, pero nuestro corazón seguirá con la misma alegría que tuvo el apóstol Pablo mientras estaba en la cárcel de Filipos: *“A medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían.” Hechos 16:25.* La alegría de estos misioneros no estaba atada a la experiencia que estaban viviendo, sino al Señor, que llenaba sus corazones de paz y verdadera alegría. El salmista decía: *“Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres” Salmos 126:3.*

Caminata festiva - “Como el que va con flauta para venir al monte de Jehová”

En el final de nuestro texto, vemos la imagen de todo un pueblo acercándose a la presencia de Dios, lleno de alegría, cumpliendo el propósito para el que fue llamado: *“Para alabanza de la gloria de su gracia” Efesios 1:6.*

La gran diferencia entre quienes son pueblo de Dios y quienes no es la celebración con la que viven sus vidas. Los que tienen a Dios están llenos de canciones, con un corazón rebosante de verdadera alegría y en un peregrinaje festivo.

¡TENGAN CUIDADO!

“¿Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová!” Isaías 31:1

Con cuánta facilidad nos apartamos del camino, con qué rapidez podemos dejar la senda correcta para desviarnos tras el engaño y las apariencias de victoria que nos ofrece el mundo sin Dios. Nuevamente aparece en el mensaje del profeta un “ay”, es decir, un lamento de Dios por la actitud caprichosa y terca de su pueblo que deja de confiar en él para depender del brazo humano.

Descender a Egipto

La advertencia de no volver a Egipto era muy clara, así lo expresó Moisés cuando daba las instrucciones para los futuros reyes de Israel: *“El rey no deberá construir grandes establos para sí ni enviar a su gente a Egipto para comprar caballos, porque el Señor te ha dicho: nunca vuelvas a Egipto” Deuteronomio 17:16*. Para Israel, Egipto representaba la opresión y la esclavitud. Dios los había librado de esta condición, no debían volver allí. Descender a Egipto era descender a la idolatría, a la inmoralidad y a la rebeldía contra Dios, y esto no llevaría al pueblo a cumplir el propósito del Señor para ellos. Que el Señor nos libre de pensar que regresar a nuestra vieja manera de vivir sería mejor, porque estaríamos ofendiendo a nuestro Dios y menospreciando toda su bendición.

Confiar en caballos

Otra de las trampas en las que cayó el pueblo de Dios fue pensar que la victoria estaba en la fuerza de los caballos y en la valentía de sus jinetes. Años más tarde, el Señor le recordó a uno de los gobernadores de Judá: *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi*

Espíritu” Zacarías 4:6. Le resultaba más fácil al pueblo confiar en lo que veía que en lo que no veía, pero así funciona la fe. Creerle a Dios es vivir como lo hizo Moisés cuando salió de Egipto, así dice el escritor bíblico: “Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” Hebreos 11:27. Para nosotros también puede ser más fácil confiar en lo que vemos: el dinero, el trabajo, las capacidades personales, la familia y tantas otras cosas que suelen hacernos pensar que estamos seguros. El gran rey David, como guerrero de Dios, había aprendido la lección, por eso expresa en uno de sus Salmos: “Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria. Ellos flaquean y caen, mas nosotros nos levantamos y estamos en pie” Salmos 20:7-8. David nos deja una gran enseñanza en esta declaración: él no niega que tiene caballos y carros, lo que dice es que no confía ni depende de ellos, sino de Dios.

Mirar a Dios

Cuando dejamos de mirar a Dios, dejamos de depender de él. Este es el reclamo que leemos en nuestro texto: *“No miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová”*. Al bajar la mirada del Señor puede pasarnos como le sucedió a Pedro cuando caminaba sobre el mar: *“Pero viendo la fuerza del viento tuvo miedo, y empezando a hundirse gritó, diciendo: ¡Señor sálvame!” Mateo 14:30*. Qué distinto va a ser nuestro peregrinaje si en lugar de mirar las armas de abajo miramos al Señor, así se cumplirá esta palabra en nosotros: *“Los que a él miraron, fueron iluminados; sus rostros jamás serán avergonzados” Salmos 34:5*.

UN PUEBLO SEGURO

*“Y mi pueblo habitará en morada de paz,
en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.”*

Isaías 32:18

En este capítulo de Isaías aparece un mensaje especialmente dirigido a las mujeres de Jerusalén (32:9-20). A ellas se les pide que reflexionen sobre el juicio que está próximo a ser ejecutado. El profeta advierte sobre la tragedia que vendría de parte de Dios como disciplina por la desobediencia de Israel. Al final del discurso, Dios vuelve a recordarles una promesa reservada para el pueblo del pacto, que por extensión podemos hacer nuestra. El Señor Jesús resumió la promesa dada por el profeta en esta frase: *“Estas cosas les he hablado para que en mí tengan paz. En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo” Juan 16:33.* Reflexionemos sobre la promesa de Dios al pueblo de Israel que por extensión hacemos nuestra.

Morada de paz

El perverso rey asirio, Senaquerib, iba a invadir Israel y todas sus poblaciones; la destrucción de las ciudades con sus palacios dejaría una estela de miseria y deportaciones. Los palacios serían quemados y abandonados, la gente sería separada de sus familias y la desolación inundaría el corazón de los israelitas. Dios les dice que después de que todo esto pasara, se cumpliría la promesa en la que hoy meditamos. Los cristianos podemos tomar esa promesa y hacerla nuestra. A todos nos gustaría vivir en un lugar donde no hubiera guerras con los de afuera ni conflictos entre los de adentro. El valor de la paz es apreciado por todos nosotros, aun cuando es difícil mantener la paz entre los humanos porque los intereses egoístas que tenemos nos impiden ver al otro como

alguien importante a quien tenemos que ayudar. Como no es posible vivir en paz con todos los que nos rodean, el apóstol Pablo nos exhorta: *“Si es posible, y en cuanto dependa de nosotros, vivamos en paz con todos” Romanos 12:18*. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para vivir en paz, teniendo presente que la promesa de Dios es firme y se cumplirá: *“Cuando los caminos del hombre son agradables al Señor, aun a sus enemigos hace que estén en paz con él” Proverbios 16:7*.

Habitación segura

Dios le prometió a su pueblo que vivirían seguros en sus casas. El Señor sabe que la armonía y la calma en la intimidad del hogar es el mayor valor al que una persona puede aspirar. La frustración de la gran mayoría de la gente no es que no hayan alcanzado objetivos en la vida, sino que no pudieron vivir tranquilos, seguros y en paz con su propia familia. Dios desea que podamos desarrollarnos y disfrutar mucho en la intimidad de nuestro hogar, esto es lo que incluye la declaración de Jesús cuando dijo: *“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” Juan 10:10*.

Recreos de reposo

La paz y la seguridad son dos valores importantes, pero el Señor fue un poco más allá y le prometió a su pueblo recreos de reposo, es decir, tiempo de disfrute. San Pablo dice que Dios quiere que disfrutemos de todo: *“Dios, que siempre nos proporciona todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” 1ª Timoteo 6:17*.

El Dios de Israel es nuestro Dios. Tomamos esta promesa y la creemos: *“Mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo”*.